

Moisés y Fiha

Sholem Ash

Números 12:1 *María y Aarón hablaron contra Moisés a causa de la mujer cusita que había tomado; porque él había tomado mujer cusita.*

Le dijo la hija del Faraón a su sierva Fiha: “Yo no me pongo bajo la sombra del dios de la muerte, sino a la del Señor de la vida eterna, a la sombra de las alas del Dios de Israel, en donde está la paz eterna”. Y tomó la copa entre sus manos, al tiempo que me buscaba con la mirada. Me acerqué a ella y me susurró al oído: “Ve al desierto, donde mi hijo dirige la comunidad israelita hacia el Sinaí. Dirige tu espíritu al Dios de Israel, y cuéntale a mi hijo lo que has visto y oído”.

—¿No te detuvieron?

—No. Al escurrirme por entre los embalsamadores que llenaban la habitación de tu madre, escuché la canción de los profetas ciegos. Entonaban el himno a la muerte:

*Hoy está la muerte frente a mi
y soy cual el enfermo que ha visto su curación.
La muerte está ante mis ojos,
y yo soy como el que vuelve al hogar
tras muchos años de cautiverio.*

Moisés se arrojó al suelo- de rodillas, elevó sus brazos al cielo y dijo:

—¡Gracias, Dios misericordioso, por la gracia que has descendido sobre una de tus criaturas, que siempre te llevó en su corazón! ¡Gracias, pues abriste sus ojos para que te conociera a Ti, Dios único y verdadero, antes de que la llevases a tu seno, a descansar en tu paz eternal ¡Oh Dios de la justicia y de la gracia, que tu gloria resplandezca sobre toda la tierra, que todas las criaturas vean tu poder, que todos te reconozcan como su padre, que derrama sobre ellos la abundancia de tu bondad, te llamen o no te llamen por tu nombre! ¡Por cuanto antes de que conozcan tu nombre, todos te buscan, Señor!

Seguidamente se volvió hacia la negra Fiha y dijo:

—Que Dios te premie por la gracia que has proyectado sobre mí y mi madre al traerme su postrer mensaje. Y ahora eres libre. Libre para regresar a tu tierra nativa, de donde te arrancaron para sumarte en cautiverio.

La alta y gallarda mujer, envuelta en mantos negros, hizo una reverencia a Moisés y sollozó, diciendo:

—Sin duda he pecado contra mi Dios, puesto que tú, mi señor, me echas de Su presencia, arrojándome del campamento de Israel.

—¿No estás entre los hijos de Israel para cumplir el mandato de tu ama?
¿O estás ahora por tu libre y espontánea voluntad?

—¿No he visto yo la justicia y misericordia de IHWH? ¿No vi la mano que castigó a los poderosos y defendió a los débiles y a los humillados? No tengo otra patria ni otro hogar sino el que el Dios de Israel me dió en su congregación. Y si no soy digna de ser una hija de Israel, debido a mi raza —como unos israelitas me han dicho—, déjame entonces ser tu esclava, señor, y servirte como serví a tu madre. ¡Mas no me arrojes de aquí, mi señor Moisés! —concluyó, extendiendo sus brazos suplicantes.

—¿Quién se ha atrevido a decirte que no eres digna de ser una hija de Israel? ¿Quién ha osado hacer una distinción y división en el campamento de Dios? —preguntó Moisés, con voz de trueno y furia de león.

—Muchos de los Bnei Israel dicen eso de nosotros los extranjeros. Dicen eso en nombre de los jefes, de los príncipes, de tu hermano Aarón y de tu hermana María. Somos extranjeros, nos dicen, y jamás formaremos parte de Israel.

—El Señor ha dicho que no habrá más que una ley para extranjeros y hebreos. Tu fe en IHWH te ha hecho una hija de Israel, y tu fe en Él te ha hecho libre. Eres lo mismo que cualquiera de las hijas de la tribu de Judá. Ve, hija mía, al campamento, y disfruta de la parte de tu herencia en Dios. Y si alguno te ofende, o trata de disminuir la parte de tu herencia divina, por causa de tu raza, ven a verme. La puerta de mi tienda siempre estará abierta para ti, como mis oídos estarán abiertos a tus plegarias. Ve en

paz, hermana mía.

La queja de Fiha respecto a la actitud general asumida para con los extranjeros del campamento llegó a oídos de Moisés por otros conductos

La decisión de asimilar a los extranjeros que habían acompañado a los israelitas en su éxodo desde Egipto, elevándolos a la categoría de súbditos de IHHW, era una innovación tan revolucionaria que desconcertaba tanto al pueblo como a sus jefes.

Los Bnei Israel eran gentes como todas las demás, que se adaptan a los usos y costumbres del lugar en que viven; en Egipto habían asimilado muchos hábitos y hasta algo de la mentalidad egipcia. En tierras del Faraón, los esclavos no podían tener dioses ni profesar fe alguna; sólo los egipcios poseían el privilegio de servir a Ra y de entrar en sus templos. En cambio, los esclavos y los extranjeros debían mantenerse siempre a distancia de los templos; sólo el aliento de un esclavo constituía profanación. Estaba por debajo de la dignidad de un señor egipcio el tocar con sus manos a un esclavo, ni siquiera para castigarlo.

Ya antes del éxodo era evidente la existencia de una rivalidad entre las tribus de Israel en cuanto a la ocupación y mantenimiento de una posición superior. De antiguo se hacía la distinción entre las “verdaderas” esposas y las “doncellas” que conoció Jacob, de donde se establecía una diferencia entre las tribus según descendieran de unas o de otras. E incluso entre las tribus descendientes de las “verdaderas” esposas de Jacob había competencia. La tribu de Rubén era en realidad la que tenía el derecho de primogenitura, mas perdió su posición espiritual ante la de Leví, y ciertamente, jamás perdonaron por ello a los levitas. Sin embargo, fue finalmente la tribu de Judá la que logró adquirir la primacía sobre las demás, mientras que los hijos de Dan, descendientes del hijo tenido por Jacob con Bilha, una “doncella”, estaban degradados hasta el extremo de confundirse con la abigarrada muchedumbre de extranjeros que se unieron a Israel en el éxodo. Había, no obstante, el lazo general de una descendencia común de Abraham, Isaac y Jacob que mantenía unidos a los hijos de Israel y les daba un sentimiento de superioridad sobre los recién llegados.

El que Moisés proclamara en el nombre de Dios que regiría una misma ley para israelitas y extranjeros, y el que insistiera en su más estricto

cumplimiento, no bastó para desarraigar ese sentimiento de privilegio entre los Bnei Israel. Consideraban tal privilegio como una parte inalienable de su herencia y les resultaba incomprensible e inaceptable el que los extranjeros tuvieran una participación en el Dios de Israel exactamente igual a la de los hijos de Abraham, Isaac y Jacob. Y todas las exhortaciones de Moisés sobre el particular resultaron inútiles. En este aspecto los israelitas consideraban a IHHW como los egipcios a Ra; IHHW era el Dios de los descendientes de Abraham, Isaac y Jacob, con quienes había concluido un pacto; los demás, hijos de otros padres, aunque se convirtieran al Dios de Israel, aunque los acompañaran al desierto y aceptasen las leyes y mandamientos de IHHW, eran extraños y no podían aspirar a una igualdad de derechos. No podían esperar el que se les diera parte en la herencia de la tierra prometida; no podían ser más que leñadores y acarreadores de agua, es decir, ocupar una posición similar a la de esclavos; e incluso muchos de los hijos de Israel trataron de reducir a la condición de siervos a los extranjeros, ya en el desierto. Y esta actitud no imperaba solamente entre los jefes israelitas, sino que se había generalizado entre el pueblo; las masas estaban totalmente identificadas sobre el particular con las tribus aristocráticas de Leví y Judá. El mismo punto de vista lo sustentaba también la familia de Moisés, o sea Aarón y María.

Era absolutamente cierto que aquellas multitudes foráneas, ajenas a las leyes y costumbres heredadas por Israel de sus antepasados, ofrecían una peligrosa tendencia a resbalar hacia la idolatría y costumbres de los egipcios. Los vicios sodomíticos y la deificación de los reptiles no habían podido ser desarraigados de entre ellos; los jefes israelitas chocaban con numerosas dificultades para impedir el contacto sexual entre los miembros de las mismas familias. Para los extranjeros, la prohibición de que una madre cohabitase con su hijo o un hermano con su hermana era pura y simplemente un ataque contra la familia. Consideraban asimismo normal que yacieran los hombres con las bestias. Ni podían abstenerse de aprovechar cualquier oportunidad de comerse un cabrito guisado en la leche de su madre, cosa que era símbolo y expresión de idolatría, a pesar de los esfuerzos realizados por Moisés para erradicar tal costumbre, basándose en motivos de orden religioso y humanitario.

Sin embargo, había algunas pruebas de que se estaba produciendo entre ellos una lenta y gradual asimilación de la nueva moral espiritual implantada por Moisés en el nombre de Dios. Las leyes y mandamientos

de IHWH despertaron los instintos superiores que se encuentran en el fondo de toda alma humana. Los extranjeros nacieron a una conciencia parcial sobre lo indigno de algunas de sus costumbres, a la percepción de lo bueno y lo malo, lo justo y lo injusto, y, por consiguiente, a un principio de comunión con Dios.

Moisés se sentía poco preocupado por los casos individuales de defección y desobediencia que se registraban entre los hijos de Israel y los recién llegados —más frecuentes entre éstos que en aquéllos— porque se sentía más fuerte con la institución del nuevo sistema de funcionarios y veedores delegados. Moisés aspiraba a implantar el vasto principio de la significación universal del Dios de Israel, su inmanencia absolutamente humana, y estaba dispuesto a lograrlo frente a cualquier obstáculo.

Mas la oposición a los forasteros incorporados a Israel cobraba creciente fuerza, y, justa o injustamente, se arrojaban sobre ellos todas las culpas de los pecados y debilidades de Israel. Recaía sobre ellos la acusación principal de la idolatría ante el becerro de oro, pese a que estaba claro que era Aarón el primer responsable, y entre los hijos de Israel, la tribu de Dan. Se les culpó igualmente en los casos de rebelión contra Moisés por causa del hambre o la sed, como ocurrió en Qibrot- hataavah¹; ellos eran, y sólo ellos, quienes deseaban comer carne y excitaban el deseo de las demás gentes enumerando los platos que comían en Egipto, y así sucesivamente. Con lo cual, tales imputaciones, a medias ciertas, pero injustas en su radicalismo, fueron provocando un creciente resentimiento contra la masa forastera, que llevó al odio. Era perfectamente cierto que algunos extranjeros habían encabezado la rebelión israelita por la cuestión de la carne, y que se habían mostrado particularmente desvergonzados y vociferantes: pero no era verdad que fuera suya toda la culpa, como clamaban los israelitas después del castigo que les infligió Dios el primer día de la llegada de las codornices, haciéndoselas vomitar por su gula.

El pueblo, excitado, acusaba a los extranjeros de todos los males y pecados:

—¡Son los negros, los africanos, los abisinios, los hijos de Cush los que deseaban los platos de carne egipcios, no nosotros!

¹ Num 11:34,35; 33:16,17; Deu 9:22.

—El maná es bueno para nosotros —se jactaba un hebreo—. Tiene todos los gustos del mundo, el paladar que uno desee.

—Nosotros pagamos las consecuencias de los pecados de los extranjeros —gritó una mujer.

—Los extranjeros querían comer carne y se nos castigó a nosotros por ello.

—Hay que apartarlos de nosotros; son un obstáculo en el camino de Israel.

—No pueden ser nuestros iguales, nuestros hermanos; deben cortar leña y traernos agua.

—Los extranjeros son una llaga en el cuerpo de Israel. Cortémoslos de nosotros como se corta un miembro podrido.

— ¡Leprosos son en Israel y como a leprosos los trataremos!

Moisés oyó las protestas de los israelitas y meditó sobre lo que debía hacerse.

Las mujeres fueron las primeras en descubrir la plegaria. Excluidas de toda participación en los servicios religiosos, y como les estaba prohibido incluso acercarse al santuario, hallaron un camino más breve y directo para su comunión con Dios. Cuando salían al amanecer para recoger el maná, contemplaban las doradas columnas del templo brillando bajo los primeros rayos del sol —pues Moisés siempre lo erigía sobre una altura, desde donde dominaba y glorificaba el campamento— y caían de rodillas ante aquel magnífico fulgor, elevaban sus brazos hacia el cielo y enviaban directamente a Dios sus súplicas y plegarias, sin mediación de los sacerdotes. Moisés no trató de impedirlo. Al contrario, hizo saber a las mujeres, por intermedio de su hermana María -que en cierta medida era el jefe femenino de Israel—, que tal costumbre era grata a los ojos del Señor y que la fe que desbordaban sus corazones era tan aceptable para él como los sacrificios de los sacerdotes en el tabernáculo y que, por tanto, obtendrían la divina respuesta.

Las mujeres extranjeras siguieron el ejemplo de las hijas de Israel. Acostumbradas a postrarse ante el sol naciente de Egipto, salían al amanecer, se situaban frente al santuario, caían de hinojos y, rostro contra el suelo, elevaban sus plegarias y emitían gritos histéricos, como estaban

habitadas a hacerlo anteriormente. Moisés les hizo saber que tales demostraciones de salvaje éxtasis no eran sino un eco de su anterior idolatría, e impartió instrucciones sobre la oración adecuada para el Dios de Israel; una plegaria silenciosa, con el cuerpo inmóvil y los labios murmurantes.

Pero todo aquello iba contra las opiniones de María y de los sacerdotes, que no querían que las mujeres extranjeras orasen ni siquiera en las proximidades del tabernáculo, porque las consideraban impuras. Después de Qibrot-hataavah, María con la ayuda de Aarón, tomó una medida radical por su cuenta. Sin decirle nada a Moisés, enviaron a diversos funcionarios israelitas, quienes se situaron en las inmediaciones del tabernáculo, poco antes de amanecer. Y cuando las mujeres extranjeras se acercaron para orar, como de costumbre, las arrojaron de allí:

—¡Fuera de aquí! —les gritaron—, ¡Vuestros cuerpos están impuros, y no podéis acercaros al santuario, vuestros labios son impuros, y no podéis dirigiros al Dios de Israel!

Aquel mismo día llegó Josué ante Moisés y le dijo que la mujer cushita que le había traído el postrer mensaje de su madre, se hallaba a cierta distancia de su tienda; no se atrevía a aproximarse y solicitaba audiencia de Moisés.

Moisés envió inmediatamente a Josué para que indagara si la mujer se hallaba en condición de pureza, y, siendo así, la trajo a la tienda.

En cuanto Fiha, cubierto su rostro por un velo y el cuerpo por un negro manto, vio a Moisés, cayó de rodillas y exclamó: —¡Moisés, mi Señor! ¿Por qué tienen que estar sellados nuestros labios cuando nuestros corazones están colmados de la gloria de Dios? Nosotros también deseamos murmurar la plegaria. ¿No me dijiste, señor, que el Dios de Israel es el Dios de todas las criaturas? Entonces, ¿por qué se nos prohíbe que oremos a Dios, como le está permitido hacerlo a todo pájaro y a toda hoja?

—¿Y quién os ha prohibido que elevéis vuestras súplicas al Dios de Israel?

—Tu hermana María ha declarado, en nombre de IHWH, que nuestros cuerpos son impuros y no podemos ni acercarnos a una cierta distancia del santuario; nuestros ojos son impuros, y no pueden ver la gloria de Dios

descansando sobre él, y nuestros labios son impuros e indignos de elevar nuestras preces al Señor.

—Éstas no son las palabras de Dios, ni jamás me dijo nada semejante. Yo sólo os advertí que no dierais gritos histéricos, como ante los ídolos, pues Dios no es sordo como lo son los ídolos. IHHW lee en vuestros corazones y ve vuestras necesidades incluso antes de que se las expongáis en la oración. Ve, hija mía, que yo te prometo ocuparme de este asunto.

—Mi señor Moisés, ¿no me dijiste que mi fe en IHHW y mi obediencia de los mandamientos me ha tornado pura?

—Tan pura como mi hermana, tan pura como cualquier hija de Israel, Fiha.

—¿Por qué entonces nos echan de la presencia de Dios cuando Él ha abierto nuestros ojos a su gloria y grandeza? —concluyó Fiha sollozando— ¡A sus ojos somos como leprosos!

Moisés callaba. Como siempre le ocurría ante la presencia de una injusticia, sentía que la vergüenza quemaba sus carnes como un hierro candente. Se sumió en profundas meditaciones y rogó a IHHW que le enviase un rayo de luz, iluminándole sobre lo que debía hacer. Se sentía culpable ante aquella mujer que había acudido a IHHW con toda la sencillez de su corazón, y a través de ella, culpable ante todas las generaciones de extranjeros que buscasen a Dios en el futuro. ¿Qué hacer? ¿Cómo iba a deshacer la injusticia cometida por su hermana contra los extranjeros que buscaban a IHHW? Sintió el deseo irrefrenable de realizar un gesto, personal e individual, que constituyera una reparación suficiente para aquella mujer, y a través de ella, una reparación para todas las demás extranjeras. Un gesto peculiar y específicamente suyo, puesto que la falta había sido cometida por gente de su propia sangre, que al mismo tiempo fuera una lección para quienes querían una ley distinta para los extranjeros.

Y en aquel instante fue como si Dios abriera una mirilla luminosa en sus ojos. ¡Veía! ¡Comprendía!

—¿Estás desposada con algún hombre o eres libre? —preguntó a la mujer repentinamente, a la cual, en su confusión y pesar, no había hecho levantar del suelo, donde seguía de rodillas.

Fiha permaneció en silencio. No entendía la pregunta y Moisés tuvo que repetírsela. Entonces entendió, y todo su cuerpo comenzó a temblar. La parte descubierta de su rostro adquirió un tono bermellón, sus ojos expresaron terror, y sus labios sólo acertaron a murmurar, temblando:

—Mi amo y señor; siendo niña me llevaron a la corte del Faraón. Mi vida en cautiverio estuvo dedicada al servicio de tu madre. No he conocido varón. Mi vida en libertad ha estado dedicada al Dios de Israel.

—¡Levántate! —exclamó Moisés—. ¿Quieres desposarte conmigo y ser mi mujer?

La mujer estuvo a punto de desplomarse. Su respiración se hizo agitada y cálida a través del velo.

—¿Yo... la esposa de Moisés? —repitió, aterrada.

—Sí. No puedo darte sino mi nombre, que estará en ti. Mi lugar es éste, en la tienda del pueblo, a la puerta de Dios; debo mantenerme constantemente en estado de purificación, pues en cualquier momento puede llamarme la voz de Dios. Por tanto, debo estar alejado de mujer. Pero llevarás mi nombre, y estarás desposada con Moisés, en santidad y pureza, según las leyes de Israel. ¿Aceptas?

— ¡Oh mi amo y señor, permíteme que sea tu sierva, que lave tus vestidos y haga tu cama!

—No la sierva, sino la esposa de Moisés. Parte serás de Moisés, y hasta como Séfora serás. Con esta condición que voy a pedirte: que sólo mi nombre podrás exigir de mí. Dame tu respuesta con palabras claras.

—Mi señor Moisés, estoy dispuesta a ser tu esposa con la condición que me exiges, de que sólo tu nombre recaiga sobre mí.

—Pongo a Dios por testigo de este día.

V acercándose a Fiha, levantó el velo y miró su rostro, cubriéndolo de nuevo, y volviéndose a Josué, que había presenciado la escena y oído todo, dijo:

—Tú eres testigo de que yo, Moisés ben Amram, he santificado a esta mujer con el desposorio, en puridad y santidad, en presencia de Dios y bajo las leyes de Israel, dándole en arras este anillo.

Moisés se quitó un anillo y lo puso en el anular de Fiha.

—Yo soy testigo de este día —respondió Josué.

Entonces, Moisés ordenó a su ministro:

—Ponle una tienda aparte a esta mujer, llévala a ella y vela porque no le falten alimentos ni vestido. Y haz proclamar en todo el campamento de Israel que esta mujer ha sido santificada según el desposorio reconocido en Israel por el acto de levantar y bajar el velo de su rostro. Que esto se sepa en todo Israel, para que ningún hombre peque contra ella.

Una vez que Fiha hubo salido de la tienda, Moisés pensó que en aquella mujer había desposado a Dios con todos los pueblos de todas las generaciones que fueran hacia Él en lo futuro. Y IHHW le hizo saber que su gesto había hallado gracia en sus ojos.

María, la hermana de Moisés y Aarón, era considerada como la madre de las tribus. Tenía el rango de profetisa, junto con sus hermanos; se decía que Dios se le había revelado, a pesar de que no tenía título en la jerarquía. Era el mismo pueblo el que la había elevado a ese lugar de preminencia. Recordaban cómo había trabajado por ellos en Egipto, informándose de sus necesidades y ayudándolos en la medida de sus fuerzas. Se sabía también que Moisés y Aarón la tenían en gran estima. Observaron que Moisés siempre se ponía en pie cuando ella se aproximaba, como se levanta el hijo ante la presencia de la madre, y que el respeto que Moisés sentía hacia ella aumentó al morir Hur, su esposo, al resistirse al paso del tropel de idólatras del becerro de oro.

Entre el pueblo circulaban varias leyendas relativas a María: Que estaba en contacto directo con IHHW, en la misma medida que Moisés; que algunos de los milagros del Señor los había obrado Dios por ella, que le había rogado por el bien de su pueblo. Estaban convencidos de que los pozos surgidos en el desierto para los israelitas eran la respuesta de Dios a sus plegarias, y de ahí que uno de ellos recibiera su nombre: “Pozo de

María”. E incluso se decía que ese mismo pozo seguía a los Bnei Israel en su marcha, mientras María estaba entre ellos.

Por supuesto, su prestigio entre las mujeres era enorme. Ella era para las mujeres lo que Moisés para los hombres, su jefe, guía y maestra. Las israelitas veían exaltada su propia importancia en la exaltación de María, y en ella advertían su propia parte e importancia en los ojos de Dios.

Al igual que en Egipto, en el desierto María seguía estando atenta a las necesidades y problemas del pueblo. Con los años no habían mermado en nada sus energías ni disminuido su fuerza espiritual, sino que más bien parecía ocurrir lo contrario. Su airosa figura no se había encorvado. Su cuerpo magro —de piel arrugada, curtida y quemada por el sol- parecía moverse como el viento por entre las tiendas de Israel. Sus ojos brillaban en el rostro como llamaradas mágicas. Y, como en Egipto, sabía lo que ocurría en cada tienda e iba de una a otra llevando consuelo y ayuda. A su paso, los espíritus se levantaban, los débiles se fortalecían y en todas partes renacía la esperanza al conjuro de sus palabras y su presencia.

Las mujeres le confiaban todo cuanto ocultaban en el fondo de sus corazones. Sabía si una mujer cushita había tentado a un hombre de Israel arrastrándolo al vicio; si éste había obligado a su esposa a caer en la abominación; si aquella moabita había llevado a su vecina un idolillo de Astoret contra la esterilidad. Que algunos hebreos se reunían secretamente para rendir culto a los ídolos, junto con los extranjeros, participando en ritos orgiásticos y comiendo carne de cabrito guisado en la leche materna. También sabía dónde se hallaban ídolos del becerro, escondidos en el campamento por los extranjeros, que le rendían culto en rituales secretos contra la esterilidad.

Esos casos aislados de idolatría, María los consideraba índice del espíritu de todos los extranjeros unidos a los Bnei Israel. Era incapaz de comprender el punto de vista de Moisés, de que en bien del significado universal de IHWH era necesario tolerar e ir extirpando poco a poco esos defectos entre los extranjeros, que, por lo demás, sólo se producían entre unos cuantos de ellos y no en todos. Para Moisés, los extranjeros del campamento de Israel constituían un símbolo de todos los gentiles de la tierra, de todos los pueblos que en última instancia aceptarían al Dios único y verdadero de Israel.

Al saberse que Moisés había tomado por esposa a una mujer cushita, las murmuraciones se levantaron en el campamento como una tormenta de arena en el desierto que cubre la luz del sol.

—¡Muy diferente es la ley para nosotros! —comentaban los hebreos— A nosotros se nos advierte que, si se nos ve con una extranjera, debemos hacerle cortar los cabellos; debe dejarse crecer las uñas; debe sentarse en un rincón de la tienda, como una adúltera, sin sedas ni ornamentos, a fin de que se torne aborrecible a nuestros ojos. Decidme, ¿hizo lo mismo Moisés con la mujer cushita que tomó por esposa?

—A juzgar por lo que hace —intervino otro—, pronto nos cambiará a Israel por los extranjeros.

—Sí, se pasa los días diciendo que debemos amar a los extranjeros, y sólo a los extranjeros, y que debemos darles alimentos y vestidos, porque IHWH ama a los extranjeros. Pero si IHWH ama a los extranjeros, ¿entonces por qué no los eligió a ellos como pueblo suyo? ¿Por qué nos hizo su pueblo elegido y nos arrojó encima la carga de los mandamientos y las prohibiciones?

—En lugar de blasfemias —reprochó uno—, más vale que nazcan gusanos en tu boca. ¿Contra quién mueves tu lengua? ¿Contra el más santo de Israel? Pues qué, ¿quieres traer nuevos castigos sobre nosotros ahora?

—¡Dios me libre de blasfemar contra Él! Pero si Moisés puede hacer lo que quiere, yo también puedo. Si él ha tomado por esposa a una mujer de Cush, ¿por qué no puedo yo hacer otro tanto?

—¿Y quién te lo impide? Moisés jamás nos prohibió tomar por esposa a una extranjera, siempre que ella aceptase al Dios de Israel. Sólo nos previno contra las extranjeras idólatras, para que no sintiéramos la tentación de adorar a sus dioses.

—Pues María, su hermana, y también Aarón, lo han prohibido —agregó otro israelita, señalando a los dos hermanos que se encaminaban hacia la tienda de Moisés. La gente les iba abriendo paso en silencio y todos inclinaban respetuosamente la cabeza ante ellos.

—Moisés va a tener que oír duros reproches.

Y, en efecto, duros reproches se escucharon en la tienda de Moisés.

—Moisés ben Amram —le dijo María—, ¿es ése el ejemplo que das a tu pueblo? ¿No te basta con haberte desposado con una mujer de Madián, que tienes ahora que unirte con otra de Cush y traerla a la tienda de la asamblea?

—IHHW no ha prohibido a los israelitas tomar esposa entre las hijas de Cush. Ni ha hecho distinción alguna entre la piel blanca y la negra. Todos son sus criaturas y sólo conoce a aquellas que creen en Él —replicó Moisés humildemente, de pie ante su hermana y hermano.

—Pero ¿no sabes que esa mujer pertenece a la muchedumbre de extranjeros?

—Muchas veces me ha dicho IHHW que no debe haber más que una ley para todos, extranjeros o no, y que debemos amar a los extranjeros porque nosotros también lo fuimos en Egipto —contestó Moisés.

—¿Ignoras que la muchedumbre de extranjeros es como una lepra en el cuerpo de Israel? Que es una tentación y un obstáculo en su camino. Que se aferran a sus idolatrías y tientan a Israel con ellas. Yo voy por entre las tiendas de Israel y sé que el mal proviene de los extranjeros; sus mujeres corrompen a los esposos de las hijas de Israel y les enseñan cosas abominables. Suyo es el pecado del becerro de oro, y el pecado de la gula, que Dios castigó tras el envío de codornices. Todo el mal proviene de ellos.

Entonces intervino Aarón, en apoyo de su hermana:

—Yo siempre le dije: la muchedumbre de extranjeros es responsable del pecado del becerro de oro, y no los Bnei Israel. Son ellos quienes ofrecen sacrificios a los muertos, y no a Dios, hasta el día de hoy. Encaminan a Israel hacia el mal. Son, ciertamente, una tentación y un obstáculo; deben ser alejados de nosotros, como leprosos.

—En cuanto a eso de que son un obstáculo, ya sé que muchos de ellos caen de nuevo en sus idolatrías; pero hay que perdonarles. Eran

extranjeros cuando se unieron a nosotros. No son de la semilla de Abraham y no han heredado las virtudes de nuestros antepasados. Por tanto, hemos de ser pacientes y comprensivos, para conducirlos lentamente por los caminos de Dios. Dios hará que maduren a su debido tiempo para recoger oportunamente la cosecha de las leyes que Él ha sembrado en sus corazones; y Él logrará que las cizañas y plantas malignas arraigadas en sus pechos sean definitivamente destruidas. ¡No son leprosos! Y si Dios nos prohíbe arrancarle a un pájaro sus pequeños, cuando hallemos un nido en el campo, y ponerle bozal a un buey cuando está trillando nuestra mies, ¿no será Él más compasivo con el hombre, y más aún, con los seres humanos que le siguieron al desierto, contando y confiando en su gracia? No, hermanos; la muchedumbre de extranjeros es ya parte de Israel. Si hay pecadores entre ellos, los castigaremos. Pero IHWH ha dicho que no se puede castigar a un padre por los pecados de sus hijos ni a los hijos por los pecados de los padres. Que cada cual purgue su pecado; esa es la opinión de IHWH.

—Esas son palabras de tus propios labios, y no las palabras de IHWH. Escúchame, hermano, Moisés ben Amram —dijo María, irritada—. Arrojas sobre tu cabeza un gran pecado. Por culpa tuya caerá todo Israel. Todos los hombres de Israel seguirán tu ejemplo, y llevarán mujer extranjera a sus tiendas, y contaminarán sus hogares con toda suerte de abominaciones. Moisés ben Amram, haz un bien de este mal a los ojos de Israel; repudia a la mujer que has tomado de entre los extranjeros, y dicta una ley para que en Israel nadie pueda unirse con las extranjeras. Y declara, ante todo, que has errado al hacer tal cosa, que está prohibida por Dios.

—¡Hazlo! —apoyó Aarón—. Olvida tu honor por el honor de Dios y el bien de Israel. Repúdiala.

Moisés guardaba silencio ante la humillación. Dominó su cólera y calló. Y en cuanto hubo superado su irritación, respondió con voz tranquila, el más humilde de los hombres:

—No, hermanos míos. Con todo el respeto que os debo no puedo hacer lo que me pedís. Sería pecar contra Dios. El Señor no ha prohibido tomar esposa entre las mujeres de la muchedumbre de extranjeros; ni me ha ordenado que excluya de la congregación al extranjero que le sirve y le sigue a Él, y lo convierta en esclavo de los israelitas. Proceder así sería actuar por mi propia cuenta y no según la voluntad de Dios. Y yo no puedo

volverme a la derecha ni a la izquierda, apartándome de la voluntad del Señor.

—¿Es IHHW quien habla o eres tú, Moisés? —preguntó María, encolerizada— ¡También nosotros conocemos la voluntad de Dios! ¡Qué presunción es la tuya!

—¡Sí, también nosotros conocemos la voluntad de Dios! —exclamó Aarón—. También nos habla a nosotros, y sabemos lo que agrada a sus ojos.

—El derecho a proclamar la palabra de Dios es nuestro también, y no solamente tuyo —agregó María, furiosamente—. Y así se lo haremos saber al pueblo de Israel.

Y dichas tales palabras, salió de la tienda de Moisés, airadamente, seguida por su hermano Aarón.

Moisés se sentó, en silencio, como un hombre petrificado. Las horrendas palabras todavía resonaban en sus oídos. Su propia familia había desafiado su autoridad. No es que Moisés, celosamente, negase a su hermano el derecho a compartir su autoridad, pues también Dios les hablaba a ellos. ¡Ojalá todo el pueblo pudiera ver a Dios y escuchar su voz! Pero en la presente división de autoridad y de criterios vio una amenaza para la unidad del pueblo y la consolidación de los mandamientos divinos. Si ahora, Aarón y su hermana María rechazaban su autoridad ante el pueblo, y le daban otras directrices, ¿a quién escucharían? ¿A quién creerían cuando se les ofrecieran dos caminos distintos?

Pero no quería someter su perplejidad a Dios, ni suplicarle en este caso, cual había hecho en otras cuestiones. Porque ahora era él mismo el interesado; él había sido humillado, su autoridad y veracidad era puesta en duda. Y Moisés jamás había suplicado a Dios nada para sí. Sus plegarias siempre habían sido para el pueblo.

Moisés pensó: “Si es la voluntad de IHHW que yo comparta mi misión con María y Aarón, el Señor me lo hará saber. Que todo suceda, pues, según su suprema voluntad.

Pero aun cuando Moisés no llevaba sus tribulaciones personales ante

IHWH, IHWH las conocía. Era el amigo de Moisés como fue el amigo de Abraham. No solamente era el Dios del universo, y no sólo el Dios de Israel; no contemplaba únicamente la vastedad del todo y dejaba lo individual librado al azar y el destino peculiar de cada cual. Era también el Dios de cada ser humano aisladamente, cuya existencia vigilaba y cuyos pasos dirigía. No era el dios-sol de Egipto, fijo en el cielo, sino el Dios que rutila en el corazón de cada hombre.

Apenas había tenido Moisés tiempo para reflexionar sobre el giro de los acontecimientos; apenas María y Aarón habían salido de su presencia, dirigiéndose presurosos al campo para desautorizar a Moisés y proclamar su derecho a compartir su autoridad, que los tres escucharon la voz del Señor en sus corazones, pidiéndoles que fuesen al tabernáculo del testimonio, donde Moisés recibía la presencia de Dios.

La divina ayuda había llegado inmediatamente para Moisés.

Entonces, IHWH descendió formando una columna de nube, de un tembloroso azul, que veló el santuario. El pueblo de Israel vio aquello y supo que Dios se aparecía en esos instantes a Moisés, María y Aarón. Sus corazones latieron fuertemente y cayeron todos de rodillas, en reverencia y temor a IHWH.

Los tres hermanos oyeron la voz del Señor que salía de la columna de nube. La voz pidió a María y Aarón que se separaran, apartándose de Moisés. Y entonces sonó en los oídos la voz de IHWH, llena de ira; sonaba con la furia del huracán y el fragor del trueno:

—Oíd ahora mis palabras —les dijo—: si tuviereis profeta de IHWH, le apareceré en visión, en sueños hablaré con él. No así a mi siervo Moisés, que es fiel en toda mi casa: boca a boca hablaré con él, y a las claras, y no por figuras; y verá la apariencia de IHWH: ¿Por qué, pues, no tuvisteis temor de hablar contra mi siervo Moisés?

Entonces la columna de nube se apartó de ellos, manifestándose en su estrépito el divino furor. Mas en cuanto la nube se separó del tabernáculo, María estaba leprosa como la nieve.

Aarón, al ver la terrible lepra de su hermana, sintió que las rodillas le temblaban. Le pareció que su propio cuerpo ardía con la temible

enfermedad, que sería excluido del sacerdocio y separado de la comunidad israelita. Aterrorizado, cayó de rodillas ante Moisés, suplicándole:

—¡Ah, señor mío! ¡No pongas ahora pecado sobre nosotros; porque locamente lo hemos hecho y hemos pecado! ¡No sea ella ahora como el que sale muerto del vientre de su madre, consumida la mitad de su carne!

Y Moisés, al contemplar a su hermana, también quedó espantado. Ella, que había llamado leprosos a los seres de la muchedumbre de extranjeros, estaba ahora leprosa. Ella, su hermana, estaba cubierta de repugnantes llagas y úlceras por todas partes: boca, cuello, ojos, mejillas... Moisés olvidó lo ocurrido y las duras palabras dichas por María: era su bien amada hermana María, una madre de Israel, ahora segregada, rechazada de la comunidad israelita para siempre. Y se arrojó al suelo dando un gran grito suplicante:

¡Te Ruego, oh Dios, que la sanes ahora!

Entonces se escuchó la voz del Señor que le decía:

—¿Si su padre le hubiera escupido en la cara no se avergonzaría por siete días? Sea echada fuera del campamento por siete días, y después se reunirá.

Prontamente el pueblo postrado en la arena mientras aguardaba la decisión de IHHW, vio una procesión saliendo de la tienda. Vieron a un guardia que mantenía a distancia a una figura femenina, y aun cuando iba cubierta de velos de pies a cabeza, reconocieron a María. Y escucharon la voz del guardia que decía:

—¡No os acerquéis a ella! ¡Está impura! ¡Está impura!

Los corazones de las gentes cesaron de latir ante lo que estaban presenciando sus mismos ojos. ¡María, la madre de Israel, la hermana de Moisés, la que consolaba a los desdichados y atendía a todos los israelitas en sus angustias, iba a ser arrojada del campamento por impura! ¡María estaba leprosa!

Algunos de los israelitas se habían enterado de lo sucedido:

—¡Es por que calumnió a criaturas de Dios! —murmuró uno—. ¡Y el castigo por la calumnia es la lepra!

¡Cierto! —dijo otro—, ¡Llamó leprosos a los extranjeros y ahora Dios la cubrió de lepra a ella!

Y el pueblo no salió del campamento y evitó el contacto con María hasta que fue declarada pura nuevamente, al sanar al cabo de los siete días fijados por Dios.